



La imaginación material de la lengua. Elementos para una lingüística indisciplinar¹

Gabriela Milone*

Y otra de las originalidades que no dejaba de señalar allí donde
tuviera ocasión era que nunca confundía la lingüística con el
estudio de [] Eso es.

Saussure, *Escritos sobre lingüística general*

Soy –¿necesito decirlo?– un ignorante de la lingüística.

Las palabras, en su lejano pasado, tienen el pasado de mis
ensoñaciones. Para un soñador, para un soñador de las palabras,
éstas están llenas de locuras. Para empezar, que cada uno piense
en ello, que “empolle” un poco una palabra que le sea familiar.

Entonces, la eclosión más inesperada, la más rara, surge de la
palabra que dormía en su significación –inerte como un fósil de
significados.

Bachelard, *La poética de la ensoñación*

DESPUÉS de Saussure, algo del tipo atmosférico en nuestra
manera de leer (como si se tratara de un fenómeno natural)
puede hacer del signo también un espejismo.

Libertella, *El árbol de Saussure*

En el invernadero del castillo ancestral ginebrino de la familia de Saussure, en 1996, florece una caja de manuscritos. Ha pasado más de un siglo desde la muerte de su autor. Por esa extrañeza que siempre es la asociación, recuerdo haber leído que Jorge Panesi decía en su libro *Críticas* (2000) que la teoría de la literatura era más bien una flor de invernadero.

1 Este texto es, o quisiera ser, una continuación del artículo titulado “Por una lingüística inespecífica: la inquietud ancestral de la voz” (Milone, 2022) al cual remitimos para la profundización de la propuesta sobre la lingüística indisciplinar que postulamos.

* Instituto de Humanidades / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
gabriela.milone@unc.edu.ar

Esta flor no florece más que en un tiempo raro, artificial; un espacio pre-parado, un artefacto de condiciones óptimas. Esas notas manuscritas de Saussure se guardan en una caja y aparecen (así como los *fasmas* en el bosque didi-hubermaniano) en el invernadero que se vuelve, así, ahora, un escenario luminoso para la apertura de la pregunta, siempre inquietante, por la procedencia. No digamos *origen*; digamos *punto de partida*; digamos, también, *misterio*. “Unde Exoriar” es el título de una hojita intrigante que yace en esa caja y dice:

Unde Exoriar? es la pregunta poco pretenciosa y al mismo tiempo positiva y modesta que podemos plantearnos antes de intentar explorar por alguna parte la *sustancia resbaladiza de la lengua*. Si lo que quiero decir de ella es verdadero, no hay una sola parte que constituye el punto de vista evidente. (Saussure, 2004, p. 247)

Evocando la rareza resbaladiza, en esa inquietud renovada por no saber de dónde viene la lengua, quisiera ubicar estas, mis notas, también en una suerte de invernadero. Allí donde se cree dominar las condiciones para la generación o la germinación de las ideas, también allí pueden aparecer los archivos espectrales de una voz *aturdida* o *descorazonada* (como decían de Saussure, a su turno, Roland Barthes y Émile Benveniste). En este invernadero, que busco dure lo que duran las hojas de un *pensamiento* –estas páginas–, quisiera probar una idea, una suposición, una insistencia, acaso una *figura*, a lo Barthes. Esa idea sostiene que quizá no haya una cuestión que active más la imaginación material que la reflexión sobre la lengua. Hagamos esta afirmación; pero hagámosla sin ingenuidad, hagámosla en el intento –o mejor, en el riesgo– de desplegar las preguntas que conlleva. Con esta insistencia, hagamos el ejercicio de releer algunos pasajes de la siempre inquietante *escritura* de Saussure: la voz escrita del *Curso de lingüística general*, las obsesiones y los paréntesis en blanco de los *Escritos sobre lingüística general*, el intrigante trazo que se vuelve dibujo en sus indagaciones, esa suerte de lingüística dibujada que puede postularse desde sus esquemas.² Pero esta relectura está marcada por dos noticias.

2 Algunas de estas ideas han sido ya expuestas en Milone, Gabriela (2021). Entre otros materiales, el encuentro con las últimas lecciones que dio Emile Benveniste (donde figuran dibujos y esquemas) en el Collège de France augura la quizá pronta continuación de estas indagaciones.

Una: a los 17 años, Saussure dibujó una historieta, titulada “Les Aventures de Polytychus”, a la que puede accederse gracias a la edición que Sémir Badir realizan en el *Cahier de L’Herne* dedicado a Saussure (cfr. 2003, pp. 473-300). Basta ver los fondos de algunas de sus viñetas para reconocer la singularidad de las líneas con las que “dibuja” Saussure, líneas cuyo trazo tembloroso, acaso plumín y tinta, recuerdan a los esquemas de los dialectos y sus fronteras que figuran en los *Escritos* (Saussure, 2004, p. 274).

La otra, recordar que la primera traducción al español del *Curso de lingüística general* fue realizada por Amado Alonso en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, Argentina, editado por Losada en 1945. El mismo Saussure decía que “la asociación –que a veces amamos– no es más que una burbuja de jabón” (citado por Arrivé, 2017, p. 120). Declaro mi amor por las asociaciones en su aparente fragilidad y es por eso que, en lo que dura esta burbuja, en el invernadero de estas páginas, quisiera hacer que dure ese “hecho misterioso” que es el aire y el agua de la lengua. Que dure *in presentia* (extraña sincronía, anacronismo raro) de dos elementos: uno, la mano que dibuja su lingüística, que busca prolongar la línea de la escritura en el trazo del dibujo, en un ejercicio de extrema plasticidad de la materia del pensamiento. El otro, tener presente ese riesgo que es siempre la traducción, ese ejercicio de “carta robada” que muchas veces nos cuesta hacer para atender a los nombres de quienes traducen. Como un *fasma*, apareció el nombre del traductor para mí, en la tapa misma de la edición de Losada de 1945 (cuestión que me sorprendió también, ya que no es común esa práctica de incluir en las tapas los nombres de quienes traducen). Así, entre Suiza, Alemania y Francia para el lingüista, entre España y Buenos Aires para su traductor, entre la poesía y la filosofía para mí (esa “lengua criada en los invernaderos de la poesía y la filosofía”, dice Terracini (2022, p. 49) de la lengua de Dante), abro la escena de mi fascinación (acaso, una burbuja), muestro mis materiales (un invernadero precario), enuncio –finalmente– mi hipótesis, pero no sin antes describir puntualmente su modo de aparecer, eso que en el inicio de *Fasmas*, Didi-Huberman dice así:

A veces se detiene en su recorrido, desconcertado: de repente, ante su mirada, ha aparecido *otra cosa* que no esperaba. No la *cosa en sí* de su búsqueda fundamental, sino una *cosa fortuita* (...) Lo que la cosa inesperada es capaz de ofrecer –una respuesta a los axiomas de la investigación como

pregunta en cuanto al saber-, lo regala en otra parte y de otra manera: en una apertura heurística, en una experimentación como *encuentro*. Otro tipo de conocimiento. (Didi-Huberman, 2015, pp. 11-12)

Aparece así, entonces, la pregunta por la importancia de la imaginación para la teoría, de las figuras para la emergencia del pensamiento, o aún más: de la ficción para la pregunta por la lengua. Es asombroso ver cómo florecen en este invernadero una cantidad de figuras materiales, y ver sobre todo cómo florecen incluso ante su desvalorización, su negativa, su contradicción. Basta recordar, en el apartado de los *Escritos* titulado “Sobre la diferencia de la terminología en lingüística” (2004, pp. 209 y ss.), la irónica exclamación “¡no más figuras!”, eso que implicaría un “bonito programa que no cuesta nada elaborar”. Saussure responde con una certeza: “proscribir la figura es creerse en posesión de todas las verdades”. Las figuras no se acaban, proliferan. Entre ellas, quisiera hacer hincapié en algunas figuras ligadas al agua y lo que por ahora llamaría (en un puntual ejercicio de ficción teórica) la *ancestralidad*. Las figuras del *riachuelo*, el *glaciar* y las *morenas* que evoca Saussure, expuestas a la letra y en dibujos, aquí quieren ser leídas con una intención específica: ponerlas en diálogo con algunas inesperadas resonancias de algunos pasajes de *El agua y los sueños* (1978) de Gaston Bachelard. Pero aún más, quizá en el colmo de la eclosión, me gustaría hacer estas preguntas, abrir este espacio inesperado, como un ejercicio singular de *ficción teórica*, ese que nos enseñó (nos signó) Héctor Libertella en *El árbol de Saussure* (2000): ahí donde nos proponía ver el dibujo en el signo y en las palabras, la anfibología puntual de la “barra” como zona indeterminada que parte el signo y comparten los parroquianos de un bar.³ Este ejercicio tiene un objetivo: el de abrir un intersticio en la *disciplina* para postular la *ficción* en la *teoría* y también viceversa. O sea: usar (liberar, *libertellianamente*) *El árbol de Saussure* como método, como *camino* para postular a su modo la imaginación material de

3 Método (ficción) barthesiano por excelencia, la anfibología será evocada varias veces más en este invernadero. Por eso, tengamos en mente la siguiente cita de Barthes (1978, p. 82): “Es por esto que a estas palabras se las llama en varias ocasiones ‘preciosamente ambiguas’: no por esencia léxica (pues cualquiera palabra del léxico tiene varios sentidos), sino porque gracias a una especie de *suerte*, de buena disposición, no de la lengua sino del discurso, puedo *actualizar* su anfibología”.

la lengua. Seguir *El árbol de Saussure* para leer con su *método*, vale decir: leer la línea de la barra del signo en la barra del bar, las rayas de la corteza del árbol que es dibujado antes que escrito (o una cosa por otra, con el mismo trazo, con una misma mano). Proponer entonces *El árbol de Saussure* como método para insistir en los pliegues de la ficción en la teoría, de la imaginación en la materia, de las figuras en la lengua. De este modo, preparar los materiales de trabajo en este invernadero procede a lo Barthes, en *apariencia de verosimilitud e incertidumbre de verdad*; a lo Libertella, en *atmósfera de lectura y espejismo de signo*.

Las figuras, esas que amenazan la terminología (o sea: que atacan el metalenguaje), emergen para confirmar que “no hay en absoluto expresión simple para las cosas que han de distinguirse primariamente en lingüística. Y no puede haberlo. La expresión simple será algebraica o no será” (Saussure, 2004, p. 211). En este invernadero, entonces, busco que broten elementos para una lingüística *indisciplinar*, leyendo a la letra la escritura fascinante de Saussure (a la letra de su traducción), despejando esa escritura de una cierta *paternidad* de una determinada disciplina, para encontrar allí la ficción que activa la teoría desde una imaginación material específica. Indisciplinar e *indisciplinada* también resulta ser esta lingüística de las figuras, ya que se obstina en seguir las propias contradicciones de Saussure, hacerle caso en algunas afirmaciones pero no en otras, como por ejemplo aquella que (a propósito del dibujo del árbol) decía que debíamos descartar: cualquier tipo de vinculación “que se pudiera imaginar” que no sean las consagradas por la lengua. De este modo, anticipemos que esta lingüística se torna, además de *material*, también *imaginada*: ella asume lo que se suele descartar como *pura ficción* (en las preguntas por el origen y la materia de la lengua, fundamentalmente). Acaso, es solo accionando en los intersticios disciplinares-materiales como esta lingüística *indisciplinar* –de invernadero– podrá asumir –como sugiere Didi-Huberman e incita Libertella– *el riesgo de una ficción*. Una apertura heurística. Abramos pues el camino con la primera nota al pie de la *Introducción* del *Curso de lingüística general*:

Hay ciertas imágenes de las que no se puede prescindir. Exigir que uno no se sirva más que de términos que respondan a las realidades del lenguaje es pretender que esas realidades ya no tienen misterio para nosotros. Pero estamos muy lejos de tal cosa. Así, pues, nosotros no vacilaremos en em-

plear cuando llegue la ocasión algunas expresiones que fueron censuradas en su época. (Saussure, 1945, p. 45)

Las figuras se tornan imprescindibles. Acuden para no aplanar el misterio que se cifra en el tiempo. No entraremos en las especificidades teórico-disciplinarias en torno al concepto de tiempo en Saussure, las cuales buscan problematizar la cuestión de la diacronía y la de la linealidad. Más bien, digamos que el misterio de la lengua radica en su *vida*, esa vida que es de otro tipo, una *vida rara* que quizá puede pensarse desde la figura de lo vegetal. Es evidentemente a propósito que traigo esta figura a la escena del invernadero, la cual insiste en comparecer tanto Saussure como Bachelard.⁴ Uno evoca esa figura para la lengua; el otro, para la materia que se proyecta en la imaginación. “Algunos iluminados dijeron: el lenguaje es algo completamente extrahumano y organizado en sí, como una vegetación parásita extendida por la superficie de nuestra especie”, dice Saussure (2004, p. 188). Más allá de la ironía y la cizaña (de la que ya sabemos cómo y cuánto crece), la figura de la vegetación parásita es un tesoro, acaso como ese tesoro que es la lengua en donde está depositado el material que “tocamos con nuestros dedos” (Saussure, 1945, p. 266). Escuchemos ahora a Bachelard: “En el fondo de la materia crece una vegetación oscura” (1978, p. 9). Vegetación rara, parásita y oscura, la materia de la lengua no se deja aprehender en su misterio. Y ese misterio se esconde en el fondo de los tiempos, ahí donde no puede establecerse (o sí, pero solo ejerciendo una ingenuidad flagrante) el origen de la lengua.

Nuevamente, escuchemos en eco a Saussure y Bachelard. De este último, releamos el epígrafe elegido para comenzar estas páginas y subrayemos la idea de un pasado ensoñado, inespecífico, indisciplinar, como así también la eclosión de los fósiles que son los significados en el fondo

4 Mientras Saussure se desempeñaba como profesor de gótico y alto alemán en Francia (aún no había dictado los famosos cursos en Ginebra), Maurice Maeterlinck publicaba en Bélgica en 1889 un libro de poemas titulado *Invernaderos*. En el poema homónimo, se puede leer: “¡Oh, invernadero en medio del bosque! / ¡Y tus puertas siempre cerradas! / ¡Y todo lo que hay bajo tu cúpula! / “¡Y bajo mi alma en tus analogías!” (1994). Pareciera que, por esos mismos años, un mismo *espectro* se cierne sobre Francia y Bélgica: la analogía. Y pareciera que juega el juego de los entrecruzamientos entre el simbolismo y el naturalismo. No sabremos decir nada más de esto. Solo soplar otra burbuja –otro invernadero– para que las asociaciones no se rompan.

de las palabras.⁵ De Saussure, leamos una cita de los *Escritos sobre lingüística general* que dice: “la práctica impone el anacronismo y la confusión de épocas” (2004, p. 167). Y más adelante: “los elementos que abstraemos, a los que damos ficticiamente existencia pura, vivían solamente en el seno de las formas anteriores y solo es ahí donde la lengua puede ir a buscarlos” (Saussure, 2004, p. 172). Una vida rara en un tiempo enrarecido: así la lengua y su materia muestran esa apertura heurística de la que habla Didi-Huberman, quien también postuló “un punto de vista anacrónico”, tomando el famoso gesto metodológico (2008, p. 12).

Fósil, forma anterior: ambas indican que, en la lengua, lo que cuenta es un tiempo sin conteo, un vegetal sin raíz, un fondo oscuro que se muestra en confusión, en una *sincronía* –para usar esa *palabra*– que coincide con una práctica singular de anacronismo. Las capas de tiempos están *in presentia*. Y aquí, otra asociación, otra burbuja débil: Édouard Glissant (cfr. 2019) afirma que escribe en presencia de todas las lenguas del mundo. Así, asociando, se puede decir que la lengua vive en presencia de todas las capas de los tiempos que la conforman. En esta temporalidad enrarecida, que vive sin morir ni nacer, lo que parece evidenciarse es ese fósil vivo como ancestralidad horizontal y sin-crónica (y hago el ejercicio de poner el guión para que con ese signo gráfico se pueda mostrar la apertura heurística y experimental de una aparición: sin-crónica, sin posibilidad de cronificar puntualmente una sucesividad de una vida que es lineal pero no sucesiva, que es horizontal y continua en una confusión de tiempos).

La ancestralidad es emanación, dice también Didi-Huberman. La figura bachelardiana del fósil que eclosiona en la palabra (eclosión que solo es posible para aquel que se ubica en el margen de la disciplina) resuena en esta otra nota de Saussure: “un día habrá un libro especial, que sería muy interesante escribir, sobre el papel de la palabra como principal perturbadora de la ciencia de las palabras” (Saussure, 2004, p. 147). Pareciera que no hay disciplina sin su *indisciplina* y que la ancestralidad que guarda la materia de la lengua, ese tesoro misterioso, solo se deja *figurar*. Evoquemos pues las mencionadas figuras –ligadas al agua y al tiempo– que aparecen tanto escritas cuanto dibujadas en los *Escritos sobre lingüística general*: el riachuelo (que también aparece mencionado en el *Curso de lingüística*

5 En resonancia, escuchemos a Olga Orozco que, en “Alrededor de la creación poética” (2012, p. 466) dice: “estallar aun los fantasmas que las palabras encierran en sí mismas”.

general pero como la fuente del río Ródano) y el glaciar (que en el *Curso de lingüística general* puntualmente está situado en los Alpes) junto a sus morenas (esa franja oscura al pie de los glaciares, capa de colores que habla del tiempo y su trabajo de sedimentación incalculable). Es fascinante revisar la fuerza que la mineralogía y la geología tienen en la imaginación material de Saussure. Michel Arrivé lo atribuye a familiares directos que tuvieron esas profesiones (incluso cuentan que un tatarabuelo habría sido quien escaló por primera vez el Mont Blanc y un abuelo geólogo recibió el mineral “saussurita” como premio). Pero antes de avanzar, citemos nuevamente a Bachelard cuando afirma que “el agua es el elemento de la imaginación materializante”; y agreguemos que para este pensador el lenguaje fluye como el agua y que la lengua es líquida. Perteneciente a esa materia, en evocación preferencial de la materia acuática, la lengua muestra diversos estados. Y si bien “la lengua tiene una historia” (Saussure, 2004, p. 130), su vida jamás podrá ser entendida en términos de rupturas sino en una trama continua y fluida. Este problema del tiempo, de la historia y de la vida rara de la lengua es lo que aquí se busca pensar con la figura de la ancestralidad del glaciar y sus morenas. Vemos aparecer esa figura al menos en dos ocasiones a lo largo de los *Escritos sobre lingüística general*. La primera, en la 1ª Conferencia de la Universidad de Ginebra en 1891: “toda lengua se presenta un poco como esas morenas que vemos al pie de nuestros glaciares, el cuadro de un amasijo prodigioso de cosas acarreadas a través de los siglos, pero de cosas que tienen una fecha, y fechas muy diferentes” (Saussure, 2002, p. 134). Luego, hay otra nota que reitera la misma idea (pero esta vez figura junto al prodigio de un dibujito): “Dada una lengua, no se puede decir hasta cuándo durará, pero se puede estar seguro de que remonta tan lejos como sea posible y que trae sus materiales de la más profunda antigüedad como una morena de glaciar” (Saussure, 2004, p. 160).

Así, el glaciar que es la lengua, agua en estado de piedra, milagro de la articulación (ese fondo siempre oscuro para Saussure), se muestra en la concomitancia de los tiempos. No hay lengua-madre ni lenguas-hijas. Nadie se acostó diciendo *buenas noches* en latín y se despertó diciendo *buenos días* en francés, dice Saussure con su humor característico. El latín es el francés y viceversa. En estado glaciar, la lengua muestra a sus pies la figura material de la morena: en la oscuridad de su materia, los elementos que ahí se encuentran desafían toda idea de vida orgánica para aparecer en la

apertura siempre inquietante de una temporalidad espectral. Cabe aclarar que estos minerales pueden ser observados desde su constitución química o desde su acontecimiento histórico. Así es como se ejemplifica el famoso “punto de vista”: el mineralogista no considerará su piedra como el geólogo, ya que uno verá su sustancia química mientras que el otro buscará explicar su formación en el tiempo. Pero aun así, Saussure duda: “¿Tenemos que decir nuestro íntimo pensamiento? Es de temer que la visión exacta de lo que es la lengua conduzca a dudar del porvenir de la lingüística” (Saussure, 2004, p. 87). Entonces, “si la unidad es siempre imaginaria y lo único que existe es la diferencia” (Saussure, 2004, p. 84), tal como sostiene el más nietzscheano de los Saussure, la analogía no será más que una trampa a sortear. Habrá que buscar no caer en ella sino más bien impulsarse desde sus resortes en tensión: “estamos profundamente convencidos de que quienquiera que pise el terreno de la lengua se ve abandonado por todas las analogías del cielo y de la Tierra” (Saussure, 2004, p. 196). La sustancia resbaladiza de la lengua parece llevarse mejor con la figura del agua que con la de la tierra. Así como no es posible saber dónde nace el riachuelo de montaña aunque creamos que podemos saberlo remontando río arriba (Saussure, 2004, p. 94), del mismo modo no podemos saber la fuente original de una lengua creyendo que podemos encontrarla yendo hacia atrás en el tiempo. Saussure previene puntualmente sobre esto: “no hay que buscar el movimiento donde no está (movimiento río arriba)” (2004, p. 256). Aquí se hace presente toda la anfibología del *curso*, del dis-curso: las clases discurren, el río fluye. Si con Bachelard podemos decir que el lenguaje es líquido es también porque con Saussure podemos afirmar que el río de la lengua no puede sino fluir. Anacronismo y confusión: así, el agua de la lengua entrama, amasija, vive en formaciones analógicas, algunas recientes y otras de tiempos indescifrables. Bachelard sabía de esos fósiles que son las palabras en la lengua líquida, esa ancestralidad donde asistimos a la reminiscencia material, allí donde no se representa algo ausente sino donde se hacen presentes las figuras espectrales de un tiempo otro.

No obstante, recordemos la maravilla del esquema del reino flotante del *Curso de lingüística general*, ahí donde A y B, aire y agua, entran en contacto. Saussure nos pide que *imaginemos* esta escena: el cambio de presión atmosférica, la descomposición de la superficie del agua en ondas, en ondulaciones, que son la figura de la ensambladura de las dos materias de la lengua, extrañas entre sí: el pensamiento y la materia afónica.

Amado Alonso, en su traducción, elige las palabras “ondas” y “ensambladura”, mientras que en otras traducciones (Tullio de Mauro y Armiño, por ejemplo) figuran las palabras “olas” y “acoplamiento”. Pensemos esto con Libertella (2000, p. 22), quien sostiene que: “DESPUÉS de los cursos de Saussure (1906 a 1911) no leemos ni escribimos lo que podemos. Solo lo que queremos y elegimos como posición”. Si la principal traducción de la palabra francesa “vague” es “ola” en español, podemos preguntarnos por qué Alonso elige “onda”. Y si Libertella dice que con Saussure leemos como queremos, es evidente que Alonso ha tomado posición: eligiendo “onda” quizá ha creído seguir mejor el movimiento de la “ondulación” (que es la palabra que sigue en la frase); o quizá también ha elegido esa palabra porque observaba con justicia el esquema del reino flotante inmediatamente arriba en la página, donde lo que vemos dibujado son justamente trazos en ondulación, líneas entrecortadas que dan la impresión acústica y visual del movimiento.

Entrar en este terreno es saberse en lo resbaladizo de la tierra y en lo plano del cielo que se ensamblan en la lengua. El dibujo del glaciar traza la raya al pie de su formación, la morena en el plano de un suelo ancestral donde fósiles y las materias nuevas se ondulan en los tiempos. La lingüística se ubica al pie de ese glaciar que es la lengua. La filología –dice Saussure (2004, p. 157)– también se inscribe al pie de una literatura. Al pie de un árbol dibujado, escribe Libertella su ficción teórica, poniendo el signo boca abajo, abriendo la anfibología en la ancestralidad material de la lengua. Qué de “bar” se ensambla con “barra” es algo que acaso podríamos no explicar sino dibujar con líneas ondulantes, con un trazo emanado de una materia fluida. “La palabra río es una palabra sin puntuación”, decía Bachelard (1978, p. 281). Quizá debamos continuar la fábula para que sea posible que la palabra “barra” abra un “bar” o que la palabra “palabra” abra con su *pala* el fósil siempre en latencia de nuestra lengua.

Referencias

Arrivé, Michel (2017). *En busca de Ferdinand de Saussure*. México: Siglo XXI.

Bachelard, Gaston (1978). *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*. Buenos Aires: FCE.



- Barthes, Roland (1978). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Kairós.
- Didi-Huberman, Georges (2008). *La Ressemblance par contact*. Paris: Minuit.
- Didi-Huberman, Georges (2015). *Gestos de aire y de piedra*. Barcelona: Shangrilla.
- Glissant, Édouard (2019). *Filosofía de la relación. Poesía en extensión*. Buenos Aires: Miluno.
- Libertella, Héctor (2000). *El árbol de Saussure*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Milone, G. (2021). Notas para una eventual lingüística dibujada. *Chuy. Revista de estudios literarios latinoamericanos*, 8 (11), 37-58. En línea: Vol. 8 Núm. 11 (2021). Dossier “La lengua americana: literatura, subjetividad, instituciones consultado en diciembre 2023.
- Milone, G. (2022). Por una lingüística inespecífica: la inquietud ancestral de la voz. *Aisthesis. Revista Chilena de Investigaciones Estéticas*, (72), 168-182. En línea: <https://revistaaiesthesis.uc.cl/index.php/RAIT/article/view/45195> consultado en diciembre de 2023.
- Orozco, Olga (2012). *Poesía completa*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Panesi, Jorge (2000). *Críticas*. Buenos Aires: Norma.
- Saussure, Ferdinand de (1945). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Saussure, Ferdinand de (2003). “Les aventures de Polytychus”. *Cahiers de l’Herne: Saussure*. Cahiers de l’Herne.
- Saussure, Ferdinand de (2004). *Escritos sobre lingüística general*. Barcelona: Gedisa.

Terracini, Benvenuto (2022). *El concepto de libertad lingüística*. Santa Fe:
Vera Cartonera.